

América y Canarias, un viaje de ida y vuelta¹

Elsa López

⁽¹⁾ Este artículo corresponde a la conferencia inaugural del curso 2023-2024 del Instituto de Estudios Hispánicos, pronunciada el día 11 de octubre de 2023 en el salón de plenos del Ayuntamiento del Puerto de la Cruz.

Canarias, por su situación geográfica, ha sido y es un enclave perfecto para la comunicación marítima entre distintos continentes; el camino obligado durante siglos para los navegantes camino de Las Indias. Lugar de paso, lugar de descanso para los marinos y mercaderes y lugar de obligada parada en caso de necesidad para reponer alimentos o reparar las embarcaciones tanto a la ida como a la vuelta. Esa es la razón por la que no ha existido en Occidente un espacio geográfico con las características de Canarias en lo que a tráfico cultural se refiere. La riqueza cultural de las islas se vio engrandecida con las aportaciones que viajeros, mercaderes, visitantes y los isleños que iban y venían en un tráfico incesante migratorio traían a las islas. No se puede comprender culturalmente a Canarias sin conocer lo que ese trasiego social y comercial significó para ella.

Desde el siglo XVI en adelante los lazos sociales y económicos entre América y Canarias han sido fundamentales para entender determinados aspectos de la sociedad canaria. Las relaciones de Canarias con América tienen características diferentes según el país del que se trate. No es lo mismo hablar de Venezuela que hablar del Brasil, Argentina o Cuba, por citar cuatro en los que la integración de los isleños ha sido importante. De entre todas ellas, yo quisiera destacar la relación con Cuba, algo muy especial para los canarios. Desde el siglo XVI hasta mediado el siglo XX, la corriente migratoria de canarios a Cuba ha sido importante. Este éxodo migratorio –en muchos casos de ida y vuelta– marcó la sociedad canaria de tal modo que hoy día, al estudiar aspectos de su cultura como la lengua, la música, la arquitectura o las creencias, se hace obligatorio abrir un apartado donde se especifiquen esas influencias mutuas. Puntos cubanos, modelos arquitectónicos, estéticas de color en la vivienda rural principalmente, supersticiones arraigadas en zonas rurales donde la emigración fue muy fuerte, etc., son un claro exponente de lo dicho.

Dentro del archipiélago canario, la isla de La Palma es uno de los enclaves de mayor importancia en este sentido. Junto con Amberes y Mahón era de los puertos importantes del siglo XVII. Mercaderes catalanes, flamencos y holandeses tenían en la isla parada obligatoria, lo que significaba un ir y venir continuo de culturas y mercaderías, amén de que sus bosques facilitaban la madera para la construcción y reparación de los barcos de vela que llegaban a sus costas y de allí salían hacia América. En ese trasiego de vidas y haciendas es importante resaltar la figura del indiano como una forma particular de ser y de estar allá y aquí. El indiano, como estampa de la cultura popular palmera, podemos encontrarlo en el álbum de fotos familiar. Hay una foto del abuelo con sombrero de ala ancha, revólver al cinto y montado a caballo entre plataneras y cañas de azúcar colgado

de la pared de muchas de nuestras casas. Hay otra de la abuela y sus hermanos recién llegados al muelle, momento elegido por el fotógrafo para llevarlos a su estudio y colocarlos a todos con un ramo de uvas en la mano como signo de prosperidad. Y hay otras donde aparecen recién llegados puro en mano y sonrisa de triunfo. Cuentan las crónicas de la época que siempre había un fotógrafo en el muelle esperando para recoger el momento de la llegada feliz o la marcha dolorida. En la isla hay un día de carnaval dedicado a los indianos. En él se rememora el regreso de un emigrante enriquecido. Se visten de blanco y desfilan con frutas, jaulas con loros, maletas de cartón, negras de grandes nalgas bamboleantes cargadas con cestas de frutas y bolsas de ropa, etc. El indiano camina con traje blanco, leontina de oro, guayabera blanca y sombrero pajizo.

La figura del indiano marcó cambios evidentes en la sociedad. Pérez Vidal en sus memorias cuenta que

en Santa Cruz de La Palma había un punto donde se daban un abrazo íntimo Oriente y Occidente. Frente por frente se hallaban situados el balcón de la sacristía de la Parroquia y el estanco de Panchito, a un lado de la Plaza. En Santa Cruz de La Palma ha habido siempre varias plazas: la de San Francisco, la de Santo Domingo, la del Tanquito, etc.; pero cuando se ha dicho «La Plaza» se ha tratado de aquella donde está la Parroquia del Salvador, el Ayuntamiento –dos edificios del siglo XVI– y las casas de algunas de las principales familias de la población. En los bajos de una de estas casas estaba el estanco; Panchito tenía un despacho de picadura muy pulcro, cigarrillos y puros, que elaboraba en la trastienda. En ella tenía una docena de hombres que torcían y hacían los puros; mujeres que preparaban las hojas de tabaco: las mojaban e iban separando las pequeñas para «tripa», las grandes para «capa», y otras mujeres que se dedicaban a hacer cigarrillos a mano. Muchos de esos tabaqueros habían aprendido el oficio en América y con frecuencia cantaban a media voz aires antillanos que hacían que todo aquel ambiente tuviera un aire tropical. La emigración no había sido gratuita. Había dejado carácter.

...

El estanco de Panchito era un sitio de reunión, un punto de referencia obligado...

El primer cuarto de siglo fue una época de transición. Era el final de los grandes veleros y el apogeo de los grandes transatlánticos. Por la isla de La Palma pasaban todos los meses cuatro o cinco de estos buques de carga y de pasajeros. Era el momento del gran apogeo económico de Cuba y de Venezuela; hubo años que se llamaron de la «danza de los millones». La isla de La Palma estaba empapelada de anuncios de estos vapores, unos papeles de color rojo, verde, incluso había unos violetas, que apenas se podían leer, con un grabado de barco antiguo, de aquellos en que los vapores todavía guardaban un poco la traza de los barcos de vela; de la misma manera que los automóviles asemejaban un poco a los coches de caballos. Estos papeles estaban por las esquinas, por las calles, pegados a los árboles, sobre todo a los eucaliptos de la carretera.

Veíamos llegar a Santa Cruz de La Palma un barco de Lanzarote, blanco, reluciente, de metales dorados. Llegaba a cargar cebolla para América, principalmente para Cuba; estaba varios días allí y era todo un espectáculo ver las maniobras de llegada y partida.

En los campos, en esa época no había más que ancianos, niños y mujeres. Todos los hombres con posibilidades de trabajo estaban en Cuba y las haciendas estaban atendidas por chiquillos y hombres de edad. En los campos se oían cantar puntos cubanos, guajiras; aires antillanos acompañados de acordeones; las canciones tradicionales y las guitarras apenas se oían. En Santa Cruz de La Palma esta emigración tan intensa también tenía su sello: en la puerta de muchos comercios, que entonces no tenían escaparates, había maletas barrigudas de cartón, forradas de una tela muy fuerte almidonada y sillas de lona para viajes; había carpinteros que se dedicaban exclusivamente a su fabricación. Existían una serie de pequeñas fondas y cafetines que estaban muy concurridos, como el de Pancho «El Soldado». Era éste un cafetín que estaba muy cerca del muelle y en él se atendía todo el año al personal del puerto: pescadores, obreros de carga y descarga, etc. En estos establecimientos se freían chicharros, se asaban sardinas o caballas y los campesinos podían comer allí muy barato; con cinco chicharros, pan, vino y tres o cuatro plátanos ya salían bien provistos. Los días de embarque o llegada de indianos tenían mucho movimiento. En todos los comercios había una gran animación y movimiento, ya que había que equipar a los hombres que iban para América; proveerlos de calzoncillos, camisetas, pantalones... A última hora, en vísperas del embarque, aquello era un concierto, porque algunos compraban acordeones para el viaje. Los hombres ponían la pierna sobre el mostrador de las tiendas y cafetines y tocaban. Entonces había unos acordeones alemanes muy baratos, pero muy buenos. A los chicos nos entusiasmaban unos que llamábamos de «gorgojeo», a los que se les levantaba la llave y todas las notas las daban trémolas. Para comprar un acordeón teníamos que oír catorce o quince puntos cubanos.

Nadie podía imaginar que pudieran recibirse cartas que no fueran de Cuba. El día que llegaba algún barco, en el muelle había una gran concurrencia; no sólo acudían los que iban a recibir a sus parientes, sino aquellos que deseaban recibir las noticias que traían los que llegaban.

En vísperas de salida para Cuba, el muelle se iba atiborrando de mercancías, y como los barcos se quedaban fuera, había que llevarles los guacales en unos lanchones a remo. No había remolcadores y se tardaba muchísimo en hacer el embarque.

Toda la vida giraba entonces alrededor de la emigración, hasta la de los fotógrafos, porque las madres querían mandar fotografías de los chiquillos a los padres que estaban lejos. Se cuenta de una madre que fue con su niño a hacerle una fotografía. El fotógrafo le dijo:

-Bueno, pues para tal día se la tengo.

-Mire que la quiero para el vapor del 19 –insistía la madre.

Cuando llegó el día, la mujer fue a recoger la foto.

–Mire, un momentito, –le dijo el fotógrafo– dese una vuelta por ahí que la tengo secándose.

La buena mujer se dio su vuelta y cuando volvió el fotógrafo con el barullo se armó un lío y le dio la foto del primer chico que encontró. Al verla, la madre, muy contenta, exclamó:

–¡Ay, muchas gracias, ¡qué bien ha quedado que le ha puesto zapatitos y todo!

Todo este movimiento migratorio se acabó con la crisis de América y la guerra de España; además los emigrantes empezaron a utilizar los aviones y los barcos fueron desapareciendo.

(José Pérez Vidal. *Biografía*. Elsa López y Antonio Cea, Cabildo de La Palma, 1987).

La cercanía cultural y afectiva de Cuba es algo difícil de entender desde el continente europeo, pero no para un isleño, para quien resulta más cercana la cultura del Caribe que la francesa o la alemana, e incluso la peninsular. El canario tiene más en común con un cubano que con un andaluz o un extremeño. Evidentemente estoy haciendo referencia a la cultura popular. La razón es puramente económica: el fenómeno migratorio se produjo en los estratos sociales más bajos. La aristocracia y la alta burguesía canaria tenían su punto de mira puesto en Europa. Viajar o estudiar en Europa era lo más natural entre las familias pudientes canarias. El comercio de las islas con Holanda o Inglaterra, en determinadas etapas de la historia comercial de las islas, favoreció el intercambio cultural de los siglos XVIII Y XIX. Esto hace posible entender fenómenos de la literatura o el arte en Canarias dentro de las vanguardias europeas, posición claramente universalista. «El gusto de novedades, cosa muy propia de islas, y particularmente desta de Canarias» son palabras de Cairasco de Figueroa que indican, según Sánchez Robayna, cuál ha sido la constante cultural de Canarias desde hace siglos: una clara posición universalista vivida desde la insularidad. Por la misma razón, el trasiego económico y social con América trajo consigo consecuencias culturales importantes. Desde muy pronto, hubo una emigración de pobladores a Puerto Rico y Santo Domingo, que explica el parentesco existente entre la literatura tradicional de Las Antillas y Canarias. De esa relación cultural es un buen ejemplo nuestra posición literaria con respecto de Cuba. La influencia se nota en versiones de romances como el de *El Príncipe don Juan* recogida en La Palma:

«Llamaron siete doctores
los mejores de La Habana...»

Y en una versión del romance de *La muerte de don Gato*:

«Estando el señor Don Gato
en silla de oro sentado
recibió cartas de Cuba
si quería ser casado...»

Lázaro Santana, en su introducción a *Modernismo y Vanguardia en la literatura canaria* (Edirca, LPGC, 1987), cuando cita a Francisco González Díaz y al hablar de los primeros capítulos de su libro *Un canario en Cuba* (1916), dice que «el libro contie-

ne excelentes descripciones de carácter narrativo (procedencia de los emigrantes que viajan a Cuba, la vida a bordo del barco que lo lleva a la isla antillana, etc.); luego el libro se desvanece en una prosa de carácter moralista con descripciones paisajísticas excesivas de Cuba». Y añade: «...dictadas más acaso por la intención de agradar a los destinatarios y patrocinadores del libro que por la captación auténtica de un ambiente y paisaje que guardaban ciertas semejanzas físicas (la luz, el mar) con el canario». Elementos del paisaje cubano, elementos de la cultura del paisaje que se asimilan de forma natural como frutas, árboles, etc., pasan a convertirse en términos poéticos y como tales aparecerán en la literatura canaria. Por otra parte, no creo que sea el puro azar o mera coincidencia el que Luis León Barreto en *Las espiritistas de Telde* cuente las consecuencias de unas ceremonias rituales importadas de Cuba que arrastran a gentes ignorantes y supersticiosas al crimen y el horror; rituales de sangre que más tienen que ver con La Macumba y el Bembé que con el crimen al modo europeo tradicional; o que Anelio Rodríguez Concepción titule su primer libro de narrativa *La Habana y otros cuentos*; que Alicia Llarena titule uno suyo *Poesía Cubana de los años 80* (1994); o que Ángel Sánchez publique una novela titulada *Cuchillo Criollo*, cuyo núcleo central es una magnífica historia de ida y vuelta a Cuba; o que alguno de nosotros escribiendo una conferencia le ponga como título *Canción de Cuba para dormir a una niña palmera* o se encuentre con un poema donde las palabras y los aromas de la infancia tengan más que ver con anones, papayas y guayabas que con el albaricoque común.

En resumen: la relación de Canarias con Cuba está por encima de cualquier planteamiento ideológico. Es un problema de raíces, de sueños compartidos, de lenguaje común, de parecidas aficiones. En La Palma se viajaba a Cuba con la misma naturalidad con que desde Madrid se iba a Toledo un fin de semana. Iban y venían para saludar a un pariente, llevarles un paquete de gofio, mojo y almendras. Así de sencillo. De política se hablaba y discutía en otras esferas. Cuba, para el palmero, era y es otra historia. Su propia historia. Y la solidaridad con los cubanos es meta política para ellos. Son solidarios porque aquellos son su familia o restos de ella, y porque allí, como aquí, para enamorar o dormir a un hijo lo seguimos haciendo con las mismas canciones. La Palma, como enclave forzoso de las comunicaciones marítimas entre la metrópoli española y las antiguas colonias del Caribe, hizo que el palmero, tradicionalmente, se sintiera mucho más cercano a Cuba y Venezuela que a España, y esto, forzosamente, habría de reflejarse, de una manera o de otra, en su idiosincrasia y en la naturaleza de sus tradiciones, muchas de las cuales se generan al otro lado del Atlántico, pudiendo hablar de un intercambio de mitologías y supersticiones. Por ejemplo, en *La biografía de un cimarrón*, el protagonista, un esclavo cubano de 108 años (Esteban Montejo), le cuenta a un antropólogo (Miguel Barnet) la historia de su rebeldía en primera persona y narra, entre otras cosas sumamente interesantes, cómo en algunas colonias de esclavos cubanas existía la creencia de que en Canarias había brujas poderosas que atravesaban volando el Atlántico hasta llegar a sus cabañas. Los ejemplos de relatos mitológicos a la inversa, es decir, originados en las colonias de América y recibidos como propios en La Palma, son muy numerosos. Sobre ese tema podríamos hablar durante horas, pero baste decir que en el norte de la isla de La Palma se narra la aventura de una bruja local que voló hasta La Habana para verse con su marido que llevaba tiempo sin dar noticias. La historia la he contado y escrito en innumerables ocasiones. Es la historia normal de una mujer cuyo marido se va a Cuba y ella queda en la isla. Pasan los años y ante la ausen-

cia decide ir a verlo. Se convierte en bruja y se va volando a La Habana y pasa una noche con él. A la mañana siguiente le roba al marido un pañuelo de seda que guardaba en un cajón y regresa volando a La Palma. Al cabo de varios años él vuelve y se la encuentra con un hijo. Ella le dice que es suyo y como prueba le muestra el pañuelo que se llevó con ella.

La influencia de Cuba se hace sentir en campos muy diversos, no solo en el de la literatura. Podríamos hablar de muchos temas: del tabaco, por ejemplo. Anelio Rodríguez Concepción dice que el tabaco es como un símbolo. Empezó como una planta salvaje y los primeros que lo empezaron a sembrar, secar y curar, fueron los colonos canarios. De la cocina tradicional canaria con platos como el ñame o la yuca, los plátanos fritos acompañados de arroz y frijoles negros (en algunos sectores rurales con un índice alto de emigrados a Cuba entre los familiares dicen «frijoles», no judías). De las costumbres, los modos de hablar, la forma de vestir, las aficiones como las peleas de gallos, el gusto por la fiesta acompañada de guitarra, maracas y cajón. Cuando los canarios se reúnen en parrandas cantan zambas, cuecas, corridos y sones cubanos. Las juergas del canario acaban en música y la música preferida en algunas islas son los puntos cubanos, las relaciones, y, hoy día, el son. El ponerse a cantar puntos cubanos en una parranda forma parte de la cultura popular en las fiestas tradicionales de Tijarafe o Garafía en el norte de La Palma, por ejemplo. En este terreno, el de la música, es sorprendente la inquietud, que podríamos calificar de «culta», por parte de algunos grupos musicales que intentan rescatar lo que la tradición popular tiene guardado. Investigadoras de la talla de Carmen Nieves Luis han estudiado la influencia de los «isleños» en Cuba. En los últimos años hay una tendencia a considerar por parte de etnomusicólogos cubanos y canarios que el punto cubano es de origen canario, ya que las zonas de mayor tradición del punto cubano en Cuba son las zonas de asentamiento de colonos isleños.

Elena Soto, profesora e investigadora cubana, refiriéndose a las advocaciones marianas en Canarias y Cuba, y más concretamente al culto de la Virgen de Candelaria, nos habla de la sincretización de este culto con el afrocubano de Oyá. Según ella, los inmigrantes canarios, pobladores agrícolas por excelencia de la isla de Cuba desde los primeros siglos coloniales, trasladaron sus costumbres y creencias al nuevo medio natural y social. Con anterioridad al establecimiento de las agrupaciones mutualistas regionales en las primeras décadas del presente siglo, los canarios necesitaron un elemento de identificación colectiva en el nuevo contexto, y el fervor religioso depositado en el culto a la Virgen de Candelaria resultó el elemento donde los «isleños» se identificaron. Al emigrar a América, los canarios lo hicieron como canarios y no como naturales de sus islas respectivas, lo que justifica la devoción generalizada por la patrona de las islas, portada ahora como patrona de marineros y emigrantes.

El aumento considerable de la población registrada en Cuba durante el siglo XVII se debió en parte a la presencia de familias enteras de canarios. La fundación de algunas ciudades, como Consolación del Norte, Wajai, Chambas o Morón, surgió unida al culto de la Virgen de Candelaria. En otras zonas del país como Cieba Mocha, San Felipe y Santiago de Bejucal, su devoción se impuso por el número mayoritario de canarios en su composición poblacional. Las fiestas, verbenas y ferias celebradas en su honor, como las de Vueltas, Ceiba Mocha o Candelaria en la provincia de Pinar del Río, eran celebraciones de gran arraigo popular que atraían

a la población de amplias zonas rurales. Se celebraban bailes en sociedades de negros y blancos, torneos a caballo, lidias de gallos y hogueras purificadoras.

La entrada masiva de inmigrantes llegada a Cuba en la segunda mitad del siglo XIX, entre ellos miles de canarios que en calidad de braceros se integraron en el desarrollo de la industria azucarera, se vieron inmersos en un ya irreversible proceso de expresión de la nacionalidad. Cuatro siglos de continuos intercambios dieron sus resultados. La emoción juega un papel fundamental en la creación de toda conciencia colectiva y los mitos por los cuales esta se manifiesta. El mito yoruba y el mito cristiano se abrazaron. La popularidad de la Santería, culto sincrético de gran difusión en Cuba, impone su preferencia por los rituales colectivos, sensuales y directos. La presencia de Oyá o Yansá Orirí se sincretiza con el culto a la Virgen de Candelaria. La Oyá cubana es la Virgen, la madre tierra fecunda, el aspecto activo del aire, dueña de la luz y el poder del conocimiento que ilumina, la que vence y reina sobre el caos. La fiesta se celebra el 2 de febrero, fecha en que la iglesia católica conmemora la ceremonia de Purificación de la Virgen con cirios encendidos. Indistintamente se le encienden velas a Oyá o La Candelaria cuando hay mal tiempo, pues ella es la dueña de los vientos huracanados y el arco iris. En torno a las festividades católicas de la Virgen de Candelaria, los canarios asentados en Cuba acostumbran desde antaño a realizar la poda de plantas y el corte de cabello en las mujeres para asegurar su crecimiento.

Todos estos rituales se asocian a otras vírgenes como la de las Nieves, patrona de La Palma, bajo cuya advocación navegaban los emigrantes hacia América y a la que ofrecían regalos a su vuelta como agradecimiento por haberles dado fortuna. La Virgen de las Nieves era la imagen que acompañaba a los palmeros en su viaje a las Américas. Los libros de fábrica del Real Santuario citan dádivas y regalos hechos por los indianos agradecidos por los favores recibidos. Estas ofrendas convirtieron el santuario mariano en el templo canario de mayor volumen de platería americana. Ya en el siglo XVIII, Viera y Clavijo estimaba que la plata y las joyas de la Virgen ascendían a más de 20.000 pesos. Cantidad que se iba incrementando continuamente con las donaciones de los emigrantes isleños, que así agradecían a la Patrona, primero su buena travesía, y segundo su buena fortuna en Indias, considerada también como «otro de los prodigios de la Virgen». «Era una piadosa y común costumbre que los navíos que hacían la carrera de Indias llevaran una alcancía a nombre de nuestra Virgen, fuente importante de ingresos», escribe Jesús Pérez Morera. Este tesoro, único en el Archipiélago, está compuesto en su mayor parte por los regalos de los indianos, nos recuerda Pérez Morera. Baste decir que a finales del XVII llegaron a existir en América dos apoderados del santuario de Las Nieves; uno se hallaba en Lima y el otro en La Habana.

Como si se tratara de un viaje de ida y vuelta, habría que hablar de la riada migratoria hacia América que cogió en medio a la población palmera y, en gran parte, la arrastró consigo, y que ha actuado respecto de las tradiciones de la isla no como una redención, sino como un estímulo. De ahí que permanezcan vivos los frutos de esa vinculación mágica con otras tierras y otras culturas. Cuba entre ellas. En ese largo viaje de ida y vuelta, el palmero aporta su visión del pasado, su ligazón a él y a una tierra que le hace feliz y que, sin embargo, no domina; y, al mismo tiempo, trae de vuelta toda una mitología, la cubana, que se caracteriza por la lucha hosca y desesperada que mantiene el hombre con sus carencias. El palmero no siente la agresión de la naturaleza y, por lo tanto, no necesita de recursos mito-

lógicos para combatirla, sino para «corregirla». Es una visión totalmente opuesta a la que se encuentra en esa otra isla, también suya, que es Cuba. Los mitos y creencias palmeros son la expresión de un acuerdo con la naturaleza.

El sello de los mitos carenciales cubanos, es decir, el sello de la mitología de la miseria, es la expresión poética confusa de un desacuerdo violento del hombre con su medio. Muy al contrario, para comprender el mundo de las supersticiones palmeras ha de rechazarse toda idea de radicalidad. No hay en ellas violencia social, no hay miseria moral en su ejercicio. La dulzura, la naturalidad con que las creencias y prácticas supersticiosas se desenvuelven en La Palma indican que estas son una parte, extraña e insólita, del acuerdo entre los palmeros y la tierra. La creencia mágica palmera es, eminentemente, práctica. La creencia mágica cubana es un continuo exorcismo destinado a modificar lo inmodificable. En el palmero, la superstición carece de valor compensatorio o justificativo. En el cubano, las supersticiones son de carácter profundamente religioso y en ellas expone su necesidad de poseer su propio destino. Y así, unos y otros acaban formando una extraña red de creencias, mitos y sueños que los unen y separan desde hace siglos.